

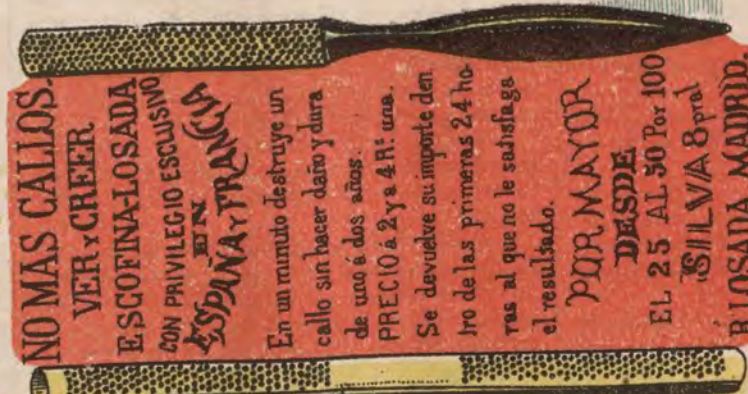
| ESPAÑA DIRECTAMENTE | | PRECIOS |
|------------------------|------|---------|
| Un semestre..... | 3 | |
| Un año..... | 6 | |
| ULTRAMAR | | |
| Un año..... | 20 | |
| EXTRANJERO | | |
| Un año..... | 20 | |
| VENTA | | |
| Los 25 ejemplares..... | 1,75 | |

AÑO I.

TIRADA 30.000 EJEMPLARES



35 Carretas, 35 MADRID.

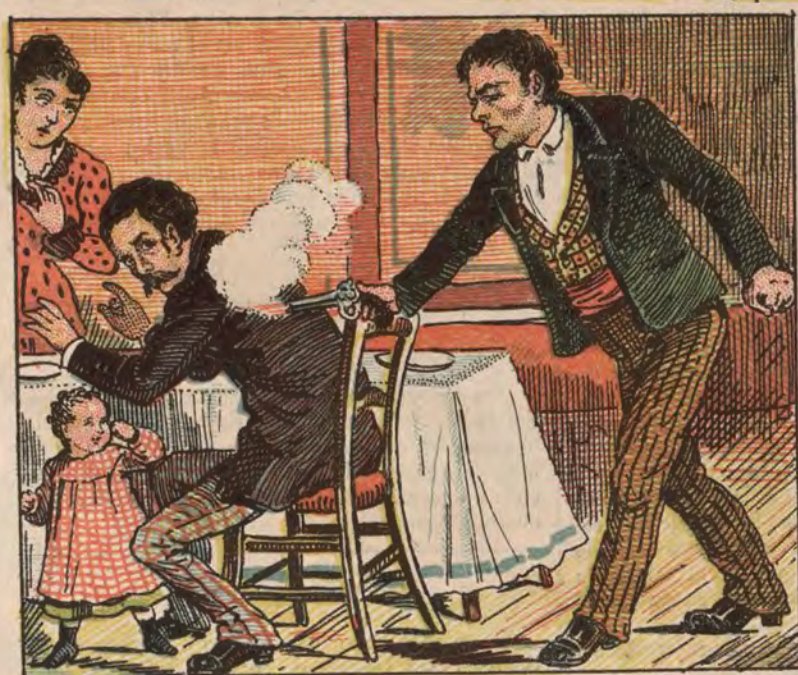


Los señores corresponsales y libreros de provincias tendrán una comisión de las suscripciones que hagan, y cuantos deseen dedicarse a la venta en los pueblos de España se dirigirán a D. Eduardo Sojo, Isabel la Católica, 19, 3.º centro.
EL PAGO SERÁ ADELANTADO, y no se sirven los pedidos que no vengan acompañados del importe en letras de fácil cobro ó sellos.

NÚM. 8.

PRECIO 10 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA AL CROMO DE TODOS LOS ASUNTOS DE ACTUALIDAD
ANUNCIOS ILUSTRADOS



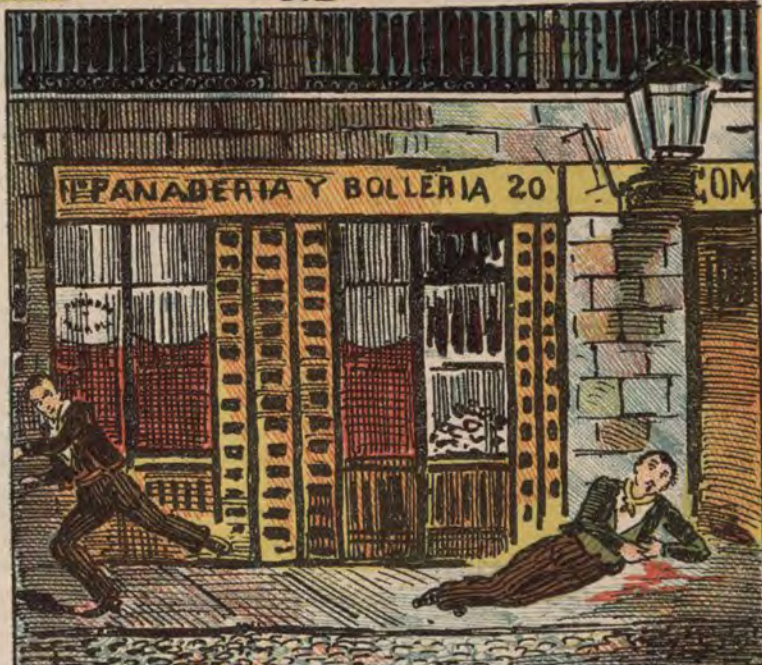
Asesinato en Linares.



Crimen en Alcantarilla.



Explosión de una caldera (Málaga).



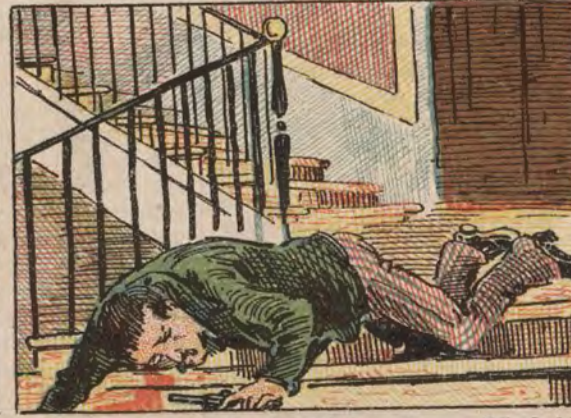
Homicidio en la calle de la Libertad en Madrid, el sábado 24.



A orillas del Rhin.—El Castillo del Diablo.



Riña en Quintanilla (Valladolid).



Suicidio en la calle de Malasaña en Madrid, el sábado 24.



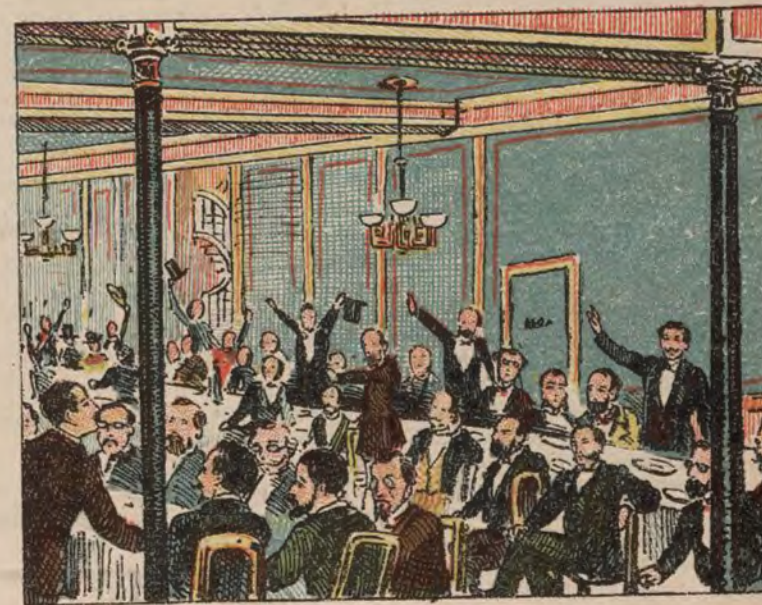
El Hombre Azul.



Suceso de la Cervecería de la calle de Correos, el viernes 23.



Elena Bright, comida en Londres por un tigre de Bengala.



El almuerzo en obsequio á Galdós.



Fernando Gomez (Gallito chico).



Las cuadrillas.



Francisco Arjona Reyes (Currito).

ASESINATO EN LINARES

El lunes, á las doce y media de la tarde, encontrábase en su casa-habitación, calle de los Alamos, núm. 6, D. Juan Bautista Albert: acababa de ocuparse en sus tareas cotidianas de la fabricación de jabones, á que se dedicaba, y siendo llegada la hora de costumbre, se disponía á comer con su familia. El Sr. Albert estaba en el comedor con su esposa, entretenido en prodigar caricias á un pequeño hijo suyo de 18 meses, á tiempo que entró en la casa y se introdujo hasta el mismo comedor Antonio Navarro Coll, hombre que frecuentaba el trato del Sr. Albert, de quien tenía recibidos muchos y notorios favores.

Tanto el Sr. Albert como su esposa recibieron á Navarro con la franqueza y cariñosa expresión con que acostumbraban á tratarle. El Sr. Albert le preguntó cómo iba de la lluvia, y mientras le dirigía esta pregunta, inclinado y acercándose al niño, Navarro, á guisa de una excusa, le descargó una enorme pistola, cuyo proyectil le atravesó toda la región torácica, saliendo por debajo de la tetilla izquierda.

El Sr. Albert se incorporó, mortalmente herido, exclamando: «¡Ay, Navarro, me has matado!» Al ruido del disparo acudió el padre del Sr. Albert, que se encontraba en una habitación contigua, y al verle Navarro disparó sobre el anciano la otra cápsula que contenía la pistola, sin que, afortunadamente, le diera. El asesino huyó; el herido, que apoyado sobre el hombro de su esposa, salió á la calle, impulsado por el afán natural de perseguir al criminal, ó con el propósito de pedir auxilio, cayó exánime á la entrada de la casa inmediata, morada de su padre político. Fueron inútiles los cuidados y socorros facultativos: el herido espiró casi instantáneamente.

El agresor, en la huida, fué perseguido por dos vecinos que se apercebieron del atentado contra el Sr. Albert, corrió por toda la calle de los Alamos, por la de la Rosa y llegaba á la del Pilar, cuando, viéndose alcanzado por sus perseguidores, sacó del bolsillo una navaja de afeitar y con ella se dió un fuerte corte en la garganta; aún siguió corriendo, y se repitió la cuchillada, quedando mortalmente degollado: trasladado al hospital, murió al cabo de dos horas, después de prestar declaración.

Tan horroroso crimen llenó de dolorosa alarma al vecindario. El Sr. D. Juan Bautista Albert, industrial honradísimo, excelente padre de familia y hombre tan inofensivo como estimable en Linares, en donde acualmente figuraba como miembro del Ayuntamiento, gozaba de generales simpatías. Su desastrosa muerte causó una gran pena á los habitantes de la localidad, y desde los primeros momentos de la infame escena la casa de la víctima se vio literalmente llena de personas de todas clases, que en tropel acudían á expresar su sentimiento y á dar á la atribulada familia el testimonio doloroso del aprecio que gozaba el finado.

CRÍMEN EN ALCANTARILLA

El día 24 del pasado, un joven de 18 años fué muerto de dos puñaladas en Alcantarilla, una en el vientre bajo y otra en el hipocóndrio izquierdo.

EXPLOSION DE UNA CALDERA

En la madrugada del 24 del corriente hizo explosión la caldera de la fábrica de harinas que tiene establecida el Sr. Rosado en la calle de Casabermeja.

Se ignora la causa de este siniestro, que ha causado varias desgracias personales y desperfectos de consideración en el edificio, parte del cual vino á tierra á consecuencia de lo violento de la explosión.

Víctimas de esta catástrofe han sido el maquinista Juan Gómez, que quedó caído en el acto, con el cráneo horriblemente destruido; un operario que resultó con varias heridas y la fractura de un brazo, y se cree que otros dos operarios más, cuyos cuerpos debían encontrarse bajo los escombros, y que á la hora en que escribimos este suelto no sabemos si han sido hallados.

Este desagradado suceso produjo, al tenerse noticias de él, la consternación consiguiente.

El Juzgado respectivo instruye el oportuno sumario.

HOMICIDIO

A las ocho y cuarto próximamente del día 24 se cometió un asesinato en la puerta de la taberna-pastelería situada en la casa número 20 de la calle de la Libertad.

Hallábanse conversando en dicho establecimiento Manuel Pellín Seija, de 27 años de edad, con otros amigos, cuando se presentó un joven llamado Tomás, que hacía pocos días había sido despedido de dicho establecimiento, y dirigiéndose á la puerta le dijo: «¡Eche usted unas copas!»

Mientras ésta le preparaba, el Tomás salió á la puerta, acercándose á Pellín con ademán resuelto y provocador.

Ignorase qué palabras median entre ambos; pero es el caso que, breves instantes después, Pellín lanzó un «¡Ay! me has matado!» desapareciendo acto continuo el asesino.

Manuel Pellín había recibido tan terrible puñalada en la parte izquierda del pecho, que al ser conducido en coche á la casa de socorro, falleció momentos antes de llegar á ella.

Entre los diferentes comentarios que se hacían en el sitio de la ocurrencia, decíase que Manuel Pellín, había entrado pocos momentos antes en el establecimiento, con objeto de cobrar el pan que el mismo servía; ignorándose qué disgusto ó resentimiento existiera entre ellos, toda vez que, como paisanos y antiguos amigos, se habían dado constantes pruebas de amistad.

Pellín había anunciado á sus amigos que dentro de unos días abandonaría su oficio de repartidor de pan, con objeto de establecer, en unión de unos compañeros, una bollería en la calle de Palaox.

El muerto, que es natural de Oteiza (Lugo), tenía en esta capital una hermana.

A las altas horas de esta madrugada, no había sido capturado el asesino.

RIÑA EN QUINTANILLA

Un joven de Quintanilla de Arriba, provincia de Valladolid, había sido novio de una joven de dicha localidad.

Hace quince años que aquél fué condenado á presidio. Cumplida la condena, regresó al pueblo, y supo que, durante el tiempo que había estado ausente, su amante contrajo nupcias con un convecino. La desesperación del antiguo novio no tuvo límites.

Anhelando vivir en unión de la que fué su amada, propuso á ésta que abandonase á su esposo y se marchara con él, ofreciéndola dinero á fin de impulsarla á aceptar sus proposiciones, que ella rechazó horradamente.

Ante esta negativa, el desairado amante profirió la amenaza de que mataría al marido.

El sábado próximo pasado encontráronse los dos rivales. El primero, pretendiente de la emprendieron á tiros de revólver; aquél recibió dos balazos, y éste uno solo; pero es el que ofrece más gravedad de los dos heridos. El Juzgado de Peñafiel entiende en el asunto, habiendo ingresado el esposo en la cárcel de dicho partido.

SUICIDIO

EN MADRID EN LA CALLE DE MALASANA

No han podido averiguarse aún los motivos que impulsaron al infeliz caista que en la calle de Malasana y en la escalera de su casa, puso fin á sus días disparándose un tiro de revólver.

A ORILLAS DEL RHIN

EL CASTILLO DEL DIABLO

Y EL SUPICIO DE FREGUS

Cuando el enano se quedó solo en el calabozo, después de romper el resorte que movía la pesada losa, se dirigió á la puerta por donde entrara, de tras de la cual se hallaban los grifos que, en momentos dados podían inundar los subterráneos del castillo. Nuestros lectores conocen los resultados que tuvo la vengativa determinación de aquel ser deforme.

Apenas había llevado á cabo tan cruel venganza, se presentó en el calabozo el caballero que debía saber la determinación de Schutz, y los dos guardianes de este último, que en aquellos instantes luchaba tenazmente con el líquido elemento. Al ver el caballero al enano y al no encontrar al joven capitán, sospechó que aquél le había facilitado la fuga, y á una imperceptible señal los hombres que le acompañaban se apoderaron del que juzgaban libertador de Schutz. El enano ni aun trató de hacer la más ligera resistencia.

—Fregus—le preguntó el caballero, ¿dónde está el prisionero que tú más que nadie debías tener interés en que no se fugara?

—Lo ignoro—contestó el enano;—cuando he entrado en el calabozo, ya no se encontraba en él.

—Tú mientes; lo conozco en tu voz confusa y en tu cobarde mirada que no se atreve á afrontar la mía.

—Pues bien, si—repuso Fregus,—sé dónde está, pero todo cuanto hagas para que hable será en vano.

—Sabes á lo que te expones tu imprudencia?—No lo ignoro.

—Sabes que serás juzgado por un tribunal severo é inapelable?

—Lo sé.

—Y no sabes que la muerte?...—Es todo cuanto ahora podría ambicionar.

—No te comprendo, pero delante de tus jueces explicaré las palabras.

—Ni los mayores tormentos harán abrir mis labios en su presencia.

—Vamos.

Los cuatro hombres subieron por la estrecha escalera al salón donde se había verificado la reunión del atad y los encapuchados, que al llegar el grupo se encontraban disutiendo un asunto al parecer grave y lleno del mayor interés.

El caballero les puso en antecedentes de cuanto había observado, después de lo cual se constituyeron en tribunal, al que el enano se negó á responder á cuantos cargos se le hicieron, como había prometido en el calabozo.

Llegó el instante de la votación; uno de los sirvientes fué pasado por delante de los improvisados jueces una cajita, en la que cada uno depositaba una bola; al llegar al que presidía, éste la volvió sobre la mesa.

Todas las bolas eran negras.

—Fregus—dijo al enano;—vuestra conducta equivoca de un tiempo á esta parte, la desaparición de nuestro prisionero, el negaros á contestar á nuestras preguntas, todo nos hace suponer que tenemos en vos un traidor, y antes de que abandonemos el Castillo del Diablo, al anochecer de este día, habréis dejado de existir. ¿Tenéis algo que exponer en vuestra defensa?

—Nada—respondió secamente Fregus.

—Brunner—dijo el presidente, dirigiéndose á uno de los dos carceleros de Schutz,—vos recompondréis á este hombre en la tarea de espantar por la noche á los estúpidos aldeanos de estas cercanías, durante nuestra ausencia del castillo.

Aquella noche el cuerpo del enano, pendiente de una almena de las ruinas del castillo, se balanceaba en el aire, llenando de espanto á las aves nocturnas que tenían contruidos sus nidos entre las grietas de la mansión feudal.

Media hora no más haría de tan repugnante espectáculo, cuando, en la antigua sala de armas del castillo, una enlutada mujer sostenía con el carcelero Brunner esta conversación:

—¿Pero seguramente no sabes lo que ha sido del capitán?

—Puedo juraroslo, señora; únicamente Fregus pudiera decirlo, pero ya hace tiempo que pende de una almena, y aunque yo preparé el lazo, como os tengo dicho, es posible que á estas horas no exista ya.

—¿Y no te dió alguna indicación?

—Nada. Se negó á todo, y sólo vos que, ejercéis tanta influencia sobre él, podréis saberlo, si es que aún vive.

—¡Oh! vamos; ya las tinieblas de la noche son bastante oscuras para que sus verdugos, aun cuando le acuchillas, puedan distinguirlas.

—Bien sabes cuánto me expongo por servirlos.

—No temas; también te espera una recompensa como tú no has podido sospechar. Además, ¿no tienes orden de arrojarle al Rhin á la llegada de la aurora?

La dama enlutada, seguida de Brunner, se dirigió á la almena de donde colgaba el enano, que no sin grandes esfuerzos fué colocado en la plataforma de la muralla.

—¡Oh!—exclamaba la enlutada;—si ha muerto, habré perdido la esperanza de volver á estrechar entre mis brazos á Schutz.

—Señora, señora—dijo alborozado el carcelero,—su corazón late todavía, y si, como sospecho, el capitán se halla en los subterráneos del castillo, Fregus, que conoce todos los secretos de esta mansión, podrá salvarle antes que la crecida del río le inunde por completo.

—¿Pero qué haremos para que recobre los sentidos?

—Todos los cazadores, y yo lo soy, señora, sabemos cuán conveniente es en estos casos una sangría.

—¿Pero y el cirujano?

—No os apuréis; nosotros las sabemos hacer con nuestros cuchillos.

—En efecto, Brunner sacó el que llevaba en la cintura, con cuya afilada punta cortó una gruesa vena del brazo de Fregus.

La sangre, en un principio negra y espesa, no tardó en correr con facilidad, y al poco rato los ojos del enano se entreabrieron.

—Fregus—le dijo la dama;—dime, por todo el cariño que siempre me has tenido: ¿se encuentra en los subterráneos del castillo el capitán Schutz?

Los labios del enano pronunciaron un sí tan débil, que apenas llegó á los oídos de su interlocutor.

—Pues entonces—añadió Brunner,—si Fregus no os dice cómo le podemos sacar de ellos, ese joven está perdido, porque el río, ya oís el murmullo de sus aguas, sigue creciendo.

(Se continuará.)

ELENA BRIGHT

El famoso Tito, domador de fieras, cuya colección es una de las primeras de Europa, tenía entre sus discípulos una intrépida joven, Elena Bright, que, al penetrar en la jaula del león y del tigre, fué acometida por este último y devorada en pocos momentos ante el público, que horrorizado acudió en masa á las autoridades á pedir la prohibición de tan temerario espectáculo.

EL HOMBRE AZUL

(Continuación)

Cuando abrí los ojos, me encontré solo en una habitación rectangular, sin puerta ni salida alguna. Grandes estantes cubrían las paredes, y en ellos había toda especie de animales, minerales y plantas, con inscripciones en un lenguaje desconocido para mí. En el centro y en anchos hornillos de ladrillos refractarios hervían los líquidos que contenían algunos alambres y crisoles puestos sobre ellos, y en el fondo de la habitación, suspendidos por fuertes alambres, pendían cuatro esqueletos humanos. Instilé creo pintarse la zozobra é inquietud que se apoderó de mí al encontrarme entre aquellos objetos, sin más luz que el rojo resplandor del fuego que se consumía en los hornillos. Recordé todos los incidentes de mi encuentro con el hombre azul; su aspecto siniestro é imponente, su voz gutural y amenazadora, y sobre todo sus palabras «Os espanta la muerte», y un sudor frío corrió por mi frente. Busqué por todas partes una salida, registré todos los estantes, todas las articulaciones de sus tablas, golpeé el suelo; pero todo fué inútil: estaba encerrado en una jaula.

Me acerqué á los hornillos, y creí mi espanto: en dos retortas cocían algunas viúoras y sapos asquerosos, y entre ellos se agitaban, retorciéndose con las convulsiones de la agonía, dos lagartos verdes, de un tamaño como no había visto jamás; me llegó á un alambique, y destilaba un líquido rojo y humeante: aquello era sangre! Turbado por todas estas impresiones, un pánico espantoso se apoderó de mí; algunas vueltas vertiginosas, sin saber qué hacía, alrededor de aquel laboratorio diabólico, y así jadeante y dando voces en el sofá en que había despertado.

De pronto, y como mis voces hubieran sido escuchadas, una claridad vivísima iluminó la estancia; levanté los ojos y me deslumbró la luz que irradiaba un foco eléctrico encerrado en un globo de cristal opaco.

Sentí después un chasquido que me pareció de un muelle de acero oprímido; vi moverse los cuatro esqueletos de que te he hablado; como empujados por un resorte, girar las dos hojas de una puerta tapada por ellos, y apareció el hombre azul.

Ya no era el mismo: su aspecto y su traje ha-

bían cambiado completamente: tenía su larga cabellera negra una cinta roja con un sol de brillantes sobre la frente; grandes pulseras de oro oprimían sus musculosos brazos y piernas; tapaban su cuerpo magníficas pieles de tigre, y de sus hombros pendía un manto de terciopelo también rojo, en el cual se veía un hombre venciendo á un león. Unido á lo llamativo de esas vestiduras, el color azulado de su piel y el brillo fosforescente de sus ojos, el hombre azul parecía un ser sobrenatural; imponente adoración y respeto á un tiempo; estaba verdaderamente hermoso, pero era la suya la hermosa salvaje de los reyes de los Incas.

Al verle, pasé del terror á la admiración más profunda; él lo comprendió así, y dando á su voz el tono más suave que pudo, y sonriéndose con benevolencia, se dirigió á mí, me tendió su mano que estreché con escrúpulo, y diciéndome en correcto español «tranquilízase», se sentó á mi lado y me contó la historia de su vida.

—Prosigue—dijo á mi amigo Arturo, viendo que no continuaba su narración.

—¿Te interesa, eh? ya lo sospeché al empezar; pero como yo tengo que hacer algunas visitas y las cosas me van muy bien, te digo lo que tú á los lectores, al llegar lo más interesante: se continuará.

—Te burlas de mí? ¿Crees que voy á dejarte salir sin que me digas la última palabra de todo lo que al hombre azul se refiere? Siéntate, enciende ese habano, continúa charlando mientras me visto, y almózame unos jutos.

Y obligó á sentarse nuevamente á mi amigo Arturo, que, resignado, continuó de esta manera: Como comprenderás, lo que más llamó mi atención, al volver á ver al hombre azul, fué el oírle hablar nuestro idioma con la misma perfección y familiaridad que un castellano viejo; después supe que el hombre azul era poliglota, poseía todas las lenguas. En resumen, para no cansarte y ganar yo tiempo, toma estos manuscritos, léelos y escribe una novela. Hasta mañana.

Y sin darme tiempo para detenerle, dejó un legajo de papeles sobre mi mesa y salió escapado.

Devoré, más bien que leí, aquellas páginas, escritas bajo la impresión real de los acontecimientos relatados en ellas, y quedé maravillado y absorto; pero, llegada la noche, otro amigo me obligó á ir á un baile de máscaras, y como la alegría es contagiosa me saqué de mis casillas, como vulgarmente se dice, una máscara vestida de Locura, y loco y loco, después de tres días de calaveradas en Madrid, fuimos á parar, no á Leganes, sino á Sevilla, en donde durante un mes me hizo olvidar al hombre azul, y hasta me puso verde últimamente con algunos disgustos que me propinaron ella y un primo que la salió á última hora.

Vuelto á la corte y abstraído en mis ocupaciones, ya ni remotamente pensaba en mi amigo Arturo, ni en el héroe de su aventura, cuando, recorriendo un día en la mesa de la redacción las columnas de los periódicos franceses *Le Temps* y *Le Figaro*, leí un suelto dando cuenta del fallecimiento del hombre azul; noticia que ha reproducido *El Navarro* de Pamplona en la forma siguiente:

«Un hombre azul.—Acaba de morir en París un extraño personaje que todos los parisienses conocían, por encontrarse todos los días entre la calle Cronot y la Nueva Opera, y que era el terror de los niños por el tinte azul pizarra de su cara y de sus manos.

Hacia más de veinte años que se encontraba así viviendo siempre solo, sin sonreír jamás.

Murió sin dejar nada que pueda aclarar el misterio de que se rodeaba.

La lectura de este suelto me hizo recordar todo lo que he descrito, y resolví publicar la historia del hombre azul, tal y como mi amigo Arturo se la oyo relatar á él mismo. Conste, pues, que yo no hago más que transcribirlo.

CAPITULO PRIMERO

EL NAUFRAGIO

El 20 de Mayo de 1842 levó anclas en el puerto de Santiago de Chile, capital de la República del mismo nombre, el buque mercante *Relampago* é izó velas con rumbo á Europa, á la que conducía el cargamento y algunos pasajeros.

Entre ellos iban dos jóvenes recién casados, hijos del acaudalado comerciante consignatario de las ricas producciones que transportaba el buque. Nada digno de mencionarse ocurrió á los pasajeros del *Relampago* en los tres primeros días de navegación: Elisa Bravo y Andrés Fernández, que así se llamaban los jóvenes esposos, apuraban en aquel lecho flotante los dulces gozos de la luna de miel, y cuando el sol tocando al término de su carrera se hundía en el mar, arrebolando las nubes y tornasolando las aguas, Elisa y Andrés sentados sobre cubierta, pensaban alegremente en el empleo que darían á los seis meses que iban á pasar en Europa, trazando sobre un mapa el itinerario de su viaje de recreo.

Pero como rara vez las cosas ocurren en la vida tal como los imaginamos, al cuarto día de su carrera y cuando ya el *Relampago* en los 40 grados de latitud Sur, se desencadenó un terrible huracán que obligó al capitán del buque á recoger velas y navegar á palo seco; la fortuna no ha sido nunca

propicia á los enamorados; llegada la noche de aquel día de tempestad y angustia, y viendo el capitán agotados todos los recursos de su pericia, roto el timón y los palos del buque y perdido el rumbo, manifestó á los pasajeros y tripulantes que el buque hacía agua, que caminaban á merced del viento y que antes que el barco encallara ó fuera estrellado en las costas de Patagonia, lo que creía inminente debían procurar salvar sus vidas y abandonarlo. Al efecto se cocharon los botes al agua, y tripulación y pasajeros encomendaron su salvación á la voluntad de Dios. En uno de esos botes entraron Elisa y Andrés con tres marineros y el piloto. Después de esas mil esperanzas y desencantos que en un minuto hacen palpitir con violencia ó oprimen el corazón de los naufragos, y cuando ya se creían en salvo por la sagaz dirección del piloto, lobo marino curtido en aquellos mares, fué violentamente levantado el bote por una ola monstruosa y volcado por una racha de viento, se le vió sepultarse entre las aguas, un grito de agonía terrible se escapó de los pechos de aquellas seis víctimas que devoraba el monstruo, y las olas continuaron rugiendo mientras el relampago y el trueque aumentaban la desolación y el espanto de aquella noche infernal.

A la mañana siguiente, al aparecer el sol en el horizonte, una ligera brisa rizaba suavemente la tranquila superficie de las aguas, un buque estaba encallado en un banco de arena, varios cadáveres flotaban en las aguas, y una mujer, á la que contemplaba embelesado un indio, yacía tendida en la playa; aquella mujer era Elisa. Los temores del capitán del *Relampago* se habían realizado; el buque había encallado en la costa de Patagonia y Elisa se había salvado milagrosamente, pero estaba en poder de los *chicos*, moradores de aquellas tierras.

Fascinado el indio tanto por la hermosura de aquella mujer de la raza blanca, cuanto por las brillantes joyas de oro y piedras preciosas que llevaba, así como por los vistosos colores de sus vestidos, estuvo un gran rato contemplándola absorto, hasta que tentado por la codicia y sintiendo desear de apoderarse de las dos pulseras que ceñían los brazos de Elisa, levantó estos con sus toscas manos y rompió los muelles. Elisa en aquel momento abrió los ojos, y al ver el rostro del indio cerca del suyo, lanzó un grito y retiró con fuerza sus brazos. El indio entonces sujetó y oprimió con una mano el cuello de la desgraciada joven y con la otra blandió un puñal sobre su pecho; pero en el mismo instante cayó como herido por un rayo á los pies de otro indio, que llevaba una maza.

El salvador de Elisa era el jefe de la tribu de los *chicos*.

(Se continuará.)

SUCESO

DE LA CERVICERIA DE CORREOS

Una señora que presenciaba en la puerta del Sol la procesión del Santo Entierro, se sintió indisputada y fué conducida por dos caballeros que la acompañaban á la cervicería por dos calderos de la cerámica, número 2, donde falleció sin poder recibir los auxilios espirituales.

PÉREZ GALDÓS

Ya en el número pasado dimos el retrato de Benito Pérez Galdós, de cuya biografía sólo consignaremos que nació el 10 de Mayo de 1845, en las Palmas de la Gran Canaria; que comenzó sus estudios en el colegio de San Agustín, y que hizo su carrera de abogado en esta capital. Arrastrado por su amor á las bellas letras, no se cuidó del foro ni de la política, donde hubiera podido recoger sazonados pero no tan sabrosos frutos como los que hoy alanza en la literatura; fué periodista y escribió algunas obras dramáticas, hoy desconocidas.

Creíamos ofender á nuestros lectores reseñando los títulos de las novelas que han hecho tan popular el nombre de Galdós. ¿Quién desconoce *El Audaz*, *Don Perfecto*, *Gloria*, *Marianela*, y sobre todo *Los Episodios Nacionales*, esa colección de novelas que constituyen el más rico florón de la corona artística del ilustre novelista?

En un banquete dado á uno de nuestros primeros escritores brotó la idea de hacer una manifestación pública en honor del que con el poder de su fecundo genio creó á *Leon Roch* y á *Marianela*. El día 26 del pasado mes, en el Circolo Ayala, inaugurando con esta festividad, se celebraron dos banquetes, modesto el uno, por la mañana, más espléndido y rico el segundo por la noche; á ambos asistieron cuantos amantes de las letras se hallaban presentes en Madrid, á rendir un tributo de admiración á nuestro querido amigo el modesto Galdós, que se encontraba vivamente emocionado ante tan numerosas y espontáneas manifestaciones de cariño.

Nuestro dibujo, tomado en el mismo local, representa el acto del almuerzo, en uno de los momentos en que la animación y la cordialidad de los conmensales alababa de sus asientos electrificados de entusiasmo al ver aparecer á Galdós.

TOROS

Corrida inaugural del jueves 29 de Marzo de 1883.

—¿Es aquí onde se imprimen LAS NOTICIAS ILUSTRADAS?

—Aquí es, señora. ¿Qué se le ofrecía á usted?

—Pus yo soy María la chalequera...

—¡Ah! ¿Usted es la encargada de las revistas taurinas?

—La misma. ¿Es usted el regente?

—Para servir á usted, que lo haría con muchísimo gusto, porque tiene usted un cuerpo muy retesado.

—¡Vaya, hombre! Déjese usted, de filadelfias, y vamos al asunto. Ya le habrá dicho á usted el director del periódico, que yo soy la persona que ha de ditar todos los sucesos que sucedan este año en la plaza.

—Desde el número que viene, si señora.

—Pero oigasté, ¿y mas vamos á dejar en blanco la corria del prencipio?

—Yo lo siento mucho; pero sobre no haber espacio ya, no ha habido tiempo suficiente para concluir las viñetas que han de ilustrar sus revistas.

—¿De modo que no voy á poder decir nada de la cogida de Rafael, cuando quiso preparar el primer toro para que le parease su hermano Juan?

—No, señora.

—¡Miste qué gracia! No poder escribir sin de una corria en que *Lagartijo* mata un toro sin dar el paso atrás, tres el *Cuadró*, sin volver la fila, y sus dos el *Galillo*, con la gracia que Dios le ha dado.

—Por esta vez nada.

—¿Pero no hay alguna manera de decir que los toros fueron regulares; que recibieron 38 varas, haciendo caer 14 veces á los piqueros; que se clavaron 13 pares y cinco medios, y que los mataores dieron 69 pases y diez pinchazos y estocadas?

—Otra vez será, y entones podrá usted decir también lo que le haya parecido la plaza con la pintura amarilla con que la Diputación la ha adornado.

—¿Pero usted es de los que creen que está pintá?

—Pues claro está.

—¿Qué usted de ahí, hombre; si es que está con *tericia*, que la ha dado por tener un empresario tan feo.

MARÍA.

MADRID: 1883

IMPRESA DE S. ARRANZ Y COMPAÑÍA
calle de Isabel la Católica, núm. 2

T. R. TRIVIÑO

DENTISTA

OFRECE AL PÚBLICO SUS SERVICIOS

Se colocan toda clase de dentaduras sin extraer los raigones.

Hortaleza, 33, principal

IMPRESA

DE